



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 2, Número 4, 2012

LA REGIÓN EN SU PERSPECTIVA HISTÓRICA

VENEGAS DELGADO, Hernán (Instituto de Historia de Cuba)

Resumen

La situación de la historiografía regional y local en América Latina ha avanzado en los últimos decenios, aunque no tanto como se desearía; pues si bien hay países con un buen trecho recorrido, la mayoría apenas está comenzando este trabajo. La Nueva Historiografía Regional y Local contemporánea en América Latina, caracterizada por una más completa definición y conciencia de la cuestión regional frente a la historia local tradicional, comenzó por dar atención particular a su objeto principal de estudio, la definición conceptual de la región. Es imprescindible remarcar que si bien la perspectiva principal de los regionalistas es hacer historia regional, paralelamente se debe contribuir con toda eficacia a la escritura de verdaderas historias nacionales.

Palabras claves: historiografía; historia regional; historia local; América Latina.

THE REGION IN HIS HISTORICAL PERSPECTIVE

Abstract

The situation of regional and local historiography in Latin America has made progress in recent decades, though not as much as desired, because although there are countries with a long way journey, most are just starting this work. The contemporary New Regional and Local Historiography in Latin America, characterized by a more complete definition and awareness of regional issues facing the traditional local history, began giving attention to its main subject of study, the conceptual definition of the region. It is imperative to note that while the main perspective to regionalists is the regional history, parallel must all contribute effectively to the writing of true national history.

Keywords: historiography, regional history, local history, Latin America

L a aldea global: el mundo y sus partes

El fin del segundo milenio de nuestra era y los comienzos del tercero han traído una serie de transformaciones a escala mundial signadas por la globalización -característica del régimen capitalista-, que en las condiciones contemporáneas toma el calificativo de neoliberal. Este sustenta las peculiaridades de un proceso que de una u forma se manifiesta a través de todo el mundo, incluso en aquellos países aparentemente más alejados de sus presupuestos.

La globalización neoliberal tiene entonces un radio de acción que solo unas décadas antes hubiese sido punto menos que inimaginable. La sociedad capitalista, que se suponía moribunda, ha dado muestras de su capacidad de recuperación y de supervivencia. El problema, desde luego, es el costo social de los éxitos de ese sistema, cada día más cuestionados por jefes de estado y de gobierno e importantes personalidades sociales, quienes se han convertido en portavoces o exponentes del malestar popular. Esas críticas se magnifican, por razones obvias, en el Sur subdesarrollado y, entre otros, dentro de la jerarquía y de los líderes religiosos de diversas confesiones en todo el orbe, quienes parten, de serios cuestionamientos éticos al fenómeno globalizador actual. Incluso los artífices de la destrucción del socialismo en Europa del Este y abanderados de la reconstrucción de la sociedad capitalista en estos países han levantado sus voces de protesta. No hace aún una década Václav Havel, presidente de la flamante República Checa, en su discurso por el nuevo año 2000, "descubrió" que "la globalización informática y empresarial no está acompañada por la necesaria responsabilidad global". Creo que no es difícil concordar con Havel si esta responsabilidad va acompañada con los calificativos adecuados.

La actuación del gran capital hace de las naciones y de los Estados Nacionales uno de los centros de sus ataques, pretendiendo demostrar su obsolescencia en los países del mundo subdesarrollado, a la vez que se propone respaldar tales puntos de vista con los ejemplos de integración supranacional de la Unión Europea y otros del mundo subdesarrollado muchísimo menos exitosos. El capitalismo creó las naciones modernas, había sido un celoso defensor de los límites nacionales y coloniales de acuerdo a la organización de los diferentes sistemas imperiales europeos y a partir de los procesos de descolonización de mediados del siglo XX había convalidado divisiones absurdas y líneas imaginarias bajo el principio establecido de la inviolabilidad de las fronteras heredadas, amparadas en la práctica del *uti possidetis* o de convalidación de realidades limítrofes y fronterizas heredadas.

En este fin de milenio todo ha cambiado, las naciones y los límites estatales no hacen sino entorpecer el libre movimiento del megacapital. Los estados y sus respectivos aparatos son ridiculizados de forma continua y presentados diariamente como algo anacrónico, fuera de la postmodernidad. De forma paralela las culturas nacionales, producto de ricos, lentos y abigarrados procesos, han recibido una embestida destructora en aras de una cultura "mundial" signada por la difusión masiva e incontrolada, irresponsable y cibernética, cuyos resultados son visibles por doquier, so pretexto de realidades "postmos". De forma aparentemente contradictoria y paralela se

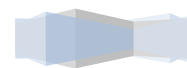
subraya los casos más particulares de la cultura, es decir, los situados por debajo del nivel nacional, y cuanto más particulares y fragmentados sean, mejor, como exponentes de una diversidad que el propio neoliberalismo se encarga de desdeñar día a día. En tales pretensiones juegan un papel primordial las culturas regionales y locales y cuantas otras sean exponentes de los nuevos tiempos y de la dispersión. No es precisamente la aldea mundial otra cosa sino esto, más la expansión de esa otra "cultura" globalizante y cibernética a la que acabo de referirme.

El capital ha proclamado desembozadamente, ahora más que nunca, su derecho a obtener la mayor cuota de ganancia en cualquier lugar del mundo. Por ello las regiones, hasta entonces apenas consideradas como entes autónomos, son subrayadas en relación con su utilidad para lograr una mayor operatividad y beneficio de esas megaempresas, omnipresentes y omnipotentes.

Eso es lo que explica el interés que han puesto muchos de los principales medios de comunicación de los países desarrollados en el plano regional. Ya no se trata, como hace medio milenio, de descubrir y describir nuevas tierras y vías de comunicación. De lo que se trata es de subrayar lo peculiar regional, sus potencialidades, los atractivos que presenta para el capital... y el "desarrollo" de signo neoliberal.

La ofensiva anti-estatal y anti-nacional arrecia continuamente. No hay más que seguir medianamente las informaciones del día para poder observar que los brotes de separatismo regional, exacerbados por seculares o ancestrales problemas étnicos, culturales y religiosos, se han presentado y presentan en casi todo el este europeo bajo el ropaje de insatisfechas reivindicaciones políticas, en los grandes archipiélagos indonesio y filipino con ribetes confesionales, en los países ribereños y vecinos a los Grandes Lagos africanos con pretextos-realidades étnicas, en el Asia Central a la sombra del fundamentalismo islámico. Mucho más calladamente y con contramedidas oportunas los regionalismos históricos de Europa Occidental se canalizaron, antes de que explotasen, por la vía de las autonomías españolas, la descentralización económica y administrativa en Gran Bretaña, la extensión del régimen de los Länder en Alemania, aunque amenazan periódicamente en el norte y sur italianos, en la Córcega francesa, en la frontera luso-española, en la Valonia y el Flandes belgas, etc. En cualquier caso, el Tratado de Maastricht conjugaba previsoramente la construcción de la Europa Occidental supranacional con la consideración de la región como motor esencial de dicha Comunidad. En América del Sur actual la situación no puede ser más explosiva desde tales perspectivas. Resulta que, sospechosamente, han resurgido los reclamos regionales en el Zulia venezolano, la Guayas ecuatoriana y los departamentos de la llamada Media Luna boliviana.

Existe una especie de ofensiva biblio y hemerográfica occidental, sobre todo la segunda, que destaca la región desde muchos puntos de vista, más allá de la curiosidad de los modernos Livingstones del siglo XX a que nos acostumbraron revistas como National Geographic. Hoy en día esta publicación ha sido sobrepasada, en cuanto al interés por las regiones se refiere, por otras que se desenvuelven con preferencia en la esfera de la política, como la francesa Le Monde Diplomatique —en la actualidad con otras proyecciones— y la norteamericana Foreign Affairs. Un artículo de esta última, aparecido en la



primavera de 1994 y firmado por el politólogo Kenichi Omahe, desató un aleccionador combate verbal entre fronterólogos venezolanos y colombianos a raíz de la propuesta de Omahe acerca de la factibilidad del surgimiento del estado-región en las difíciles fronteras internacionales.

A este nivel del asunto estamos hablando, tanto de la posibilidad de desmembramiento de los estados-nacionales a través de todo el mundo eufemísticamente llamado en vías de desarrollo, como del cuestionamiento de las fronteras heredadas de las arbitrarias divisiones del colonialismo moderno, que al menos mantienen un *status quo* que obstaculiza, aunque no siempre, las guerras fratricidas de los tiempos actuales.

Otro aspecto a considerar en estos problemas es el de la actitud tomada por los gobiernos del Sur y sobre todo por aquellos adscritos a la democracia representativa, que han hecho de sus países respectivos campos de acción de medidas político-administrativas descentralizadoras y económicas que por lo general no se corresponden con la tradición centralista heredada desde la Colonia como tampoco con una cultura política al respecto. Esa descentralización regional, en principio necesaria, las más de las veces ha sido mal utilizada y peor concebida, en lo que está presente por lo general el problema de la corrupción y sus males anexos, ahora transferida a las instancias regionales y locales. De aquí que los justos y ya ancestrales reclamos en estos niveles sean comúnmente desvirtuados y manipulados. Paso entonces a realizar un balance muy general del problema en sí.

El descubrimiento de la región por las Ciencias Sociales

La expansión del capitalismo europeo en las últimas cinco centurias puso en contacto a los habitantes de ese continente con otros mucho mayores en relación con el suyo y con una diversidad regional y natural que propició invariablemente frases de admiración, cartas, relaciones, informes, libros, que mostraban la estupefacción ante lo que veían en esa rica y múltiple nueva realidad.

Los españoles, quienes se apropiaron de la mayor parte del Nuevo Mundo en los primeros siglos coloniales, se desconciertan ante una inmensa variedad regional apenas comparable con la de su relativamente pequeña Península. A los portugueses, aún más constreñidos a un pequeño país, les resulta asombroso lo que están viendo en sus establecimientos periféricos en África, Asia y Oceanía. Tanto o más impactados se sentirán de la diversidad del Nuevo Mundo brasileño, incluso hoy con reductos aún inexplorados.

Holandeses, franceses, ingleses y hasta suecos, alemanes, italianos, belgas y daneses después se sumarían a conocer esa diversidad inimaginada, a describirla y a apropiársela. En aquellos y en estos está el origen de la ciencia moderna, necesaria para el desarrollo del capitalismo y para satisfacer la sed de conocimientos del hombre.

6 En la América Española los primeros conquistadores, colonizadores y funcionarios civiles y militares, más los hombres de la Iglesia, se ven abrumados ante la tarea a que se enfrentan. Esta última, fiel aliada del Estado monárquico a través del Patronato Regio, busca innúmeras vías de actuación, para lo cual el multilingüismo y la diversidad cultural de los indígenas, a lo que

se une el cada vez más creciente criollaje, es un gran obstáculo a salvar. Virreinos, Audiencias, Capitanías Generales e Intendencias, Obispos, Arzobispos y Órdenes religiosas, serán incapaces de cumplir tan bien sus roles como los cabildos regionales y los curas de parroquia, doctrineros y misioneros.

Sin embargo, entre los primeros y estos últimos se yergue todo el recelo que provocan las fuerzas centrífugas regionales, de todo tipo, celos de su autonomía, cuando no fomentadoras periódicas de rebeliones y conspiraciones.

Así que el interés de aquellos intelectuales preocupados por las nascentes Ciencias del Hombre encontró un cauce único pero también diverso. La aún balbuceante Geografía, auxiliar inapreciable de los descubrimientos de nuevas tierras y de vías marítimas imprescindibles, pasó después a describir la penetración hacia el interior de los continentes descubiertos. Pueblos, culturas, religiones, regiones, villas y ciudades insospechadas, necesitaron de atención específica. Por su parte la Historiografía europea trató de interpretarlos, recurriendo a los viejos códices, a las leyendas inmemoriales, a los restos materiales husmeados y rebuscados por los flamantes "arqueólogos". No era entonces raro encontrar en estos primeros siglos y entre los sustentadores de estas interpretaciones a un intelectual de la talla de Jean Bodin, junto a un psicólogo y médico como Juan Huarte o a un geógrafo como Giovanni Botero.

Otras Ciencias Sociales en ciernes seguirían sus pasos, pero no es hasta el siglo XIX, con el nuevo aliento que trae al capitalismo la Revolución Industrial, y con mayor énfasis en el siglo XX monopolista, que estas y otras se desarrollan extraordinariamente. Es entonces la época de la Etnografía y con posterioridad de la Etnología, de la Arqueología y de tantas otras que de forma paulatina se ven inmersas en la problemática regional y local.

La Historia, con una tradición milenaria y de manos con la Geografía moderna, refuerza su interés por la región y sus problemas. La historiografía romántica del ochocientos, que no hizo de la región objeto preferente de su estudio, aportó sin embargo a esta última el interés por sus personalidades, aunque no con tanta fuerza como las subrayó en el plano nacional. No obstante, por la vía de la idealización del Medioevo, sin quererlo, también destacaba a la región, aunque dentro ésta de una praxis feudal.

A fines de esa centuria y principios de la del XX sobre todo, la historiografía positivista presenta el espacio como una especie de ente apriorístico, a la manera kantiana que, al entrar en contacto con los diversos grupos humanos, da origen a la región, subvalorando el papel del medio sobre el hombre. Ello daría pie a la exageración del papel del Estado -en rigor de los hombres, es decir, de los que integran la elite- en la conformación de las regiones y de las naciones. Y de estos, el estado capitalista tendría en su concepto un lugar exclusivo, tradición historiográfica que ha pervivido hasta nuestros días.

A Paul Vidal de La Blache, geógrafo e historiador francés de inicios del siglo XX, le corresponde el mérito de haber sobrepasado estas limitaciones positivistas al balancear la relación naturaleza-hombre en el caso de la región. Su limitación radica en la subvaloración que realiza de las relaciones socio-políticas, elemento imprescindible para el análisis del progreso regional, noción esta última preciosa para la intelectualidad de la transición del siglo XIX al XX.



La Escuela de los Annales, que recorre la mayor parte del siglo que concluye, se lleva las palmas en el trabajo regional. Este es una de las preocupaciones esenciales de los "annalistas", aunque para algunos estos establecen una cierta exageración del análisis del espacio y de los elementos del paisaje. De cualquier manera sus presupuestos revolucionaron la historiografía, incluso la regional, en un Continente como el nuestro, ávido siempre de situarse cerca de los últimos avances científicos del mundo desarrollado.

El marxismo, apenas mencionado como elemento genético del trabajo regional contemporáneo, ha aportado un elemento definitorio para el *maremagnum* de opciones que supone este tipo de estudio: el análisis de las estructuras económico-sociales. No es difícil concordar que, subráyense o no estás, de todas maneras es incuestionable que debe incluirseles de forma preferente, aunque no exclusiva, en el laboreo regional y local.

Más allá de estos -y otros- sistemas sociológicos y científicos que gravitan sobre el trabajo regional, estos últimos decenios han aportado a éste una verdadera renovación no siempre comprendida en sus justas proporciones, fenómeno recrudescido con el intento de llevar a un demencial e intelectualizado "fin de la Historia". Esta renovación puso en tela de juicio, entre otros, a la propia historia regional y local. De aquí que entrase en cuestionamiento la "larga duración", tan cercana a la formación del historiador, e incluso la historia del tiempo corto se reducía a sus límites últimos. Se dejó de lado la interdisciplinariedad y nuevas metodologías hacían gala de un exclusivismo preocupante. La lupa, mejor aún el microscopio, sustituyeron a los lentes.

Las grandes interpretaciones historiográficas se desecharon, se volvió a la Historia Política de la misma manera que se recusaron pero no se rechazaron en la práctica sus relaciones con el positivismo visceral. La biografía adquirió sitios insospechados con un aliento romántico vergonzante. Viejas propuestas como el estudio de las mentalidades, de la vida cotidiana, de la historia intelectual e incluso de las historias de vida, se pretendieron pasar por novísimas corrientes historiográficas, aunque debe reconocerse en estas una importante renovación. Las historias de familias y hasta las execradas genealogías fueron llamadas de nuevo a filas, transformadas en sus objetivos y fines últimos.

Apareció o se reforzó el estudio de las mujeres, de la vida íntima, de los grupos sociales marginados. Prostitutas, homosexuales, trabajadores de los servicios peor remunerados, deportistas, etc., entraron en la consideración definitiva o al menos dentro del rango de atención del historiador. Se hurgó en los aspectos más escabrosos y ocultos del fascio, del nacional-socialismo, del colaboracionismo tipo Vichy o Quisling y hasta se abundó en los crímenes y fechorías más horrendos de la expansión japonesa en Asia durante las décadas de 1930 y 1940, abriendo paso a toda una era de disculpas brindadas a los pueblos agredidos por los gobiernos herederos de esos desmanes. La derecha, al fin, volvió a contar con sesudos trabajos, eso sí, no importaba escritos bajo cuáles ópticas. En suma, se produjo lo que François Dosse llamó "el desafío revisionista", a la vez que otros hablaban de la "fragmentación" de la historiografía. Y para colmo el corrosivo editorial de la revista Annales de marzo-abril de 1988 no dejó lugar a dudas de lo que ocurriría a todos aquellos que nos dedicamos al serio *métier* del historiador, para utilizar la categoría ocupacional de François Furet. Por suerte, los Annales se recuperaron con

posterioridad a esta coyuntura *événementielle*, también para utilizar una de sus categorías clásicas.

La historiografía regional y local también navegó en medio de esas tempestades "postmos". Si no naufragó entonces fue gracias a las "necesidades regionales" de la globalización neoliberal y al prestigio que temporalmente le cedió la microhistoria italiana, en rigor más por confusión que por fusión. Los historiadores italianos arrasaron generalmente con el favor de sus colegas. Se comparó a esta corriente con una suerte de microbiología, a través de la cual, según Natalie Zemon Davis, era posible hurgar en las pequeñas y a menudo invisibles interacciones y estructuras.

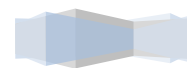
El Queso y los gusanos (1981), de Carlo Guinzburg, se propuso de forma muy consecuente, como el subtítulo de este libro lo anunciaba, brindar una imagen nada más y nada menos que del cosmos a través de un molinero del siglo XVI, con la ayuda decisiva, desde luego, de ese investigador italiano. Faltaban no obstante, ciertas "coordenadas" estructurantes que algunos echamos de menos en esta por otro lado excelente obra.

A la vez la Nueva Historia Social hacía de la localidad y de la región uno de sus baluartes preferidos, rechazando de paso las supuestas "historias nacionales". La Historia Económica consentía en bajar de sus grandes pedestales tecnocráticos hasta las empresas locales, donde se conjuga el puro análisis económico con aquellos referentes a la administración y funcionamiento que le imprimen los hombres *in situ*. Se investiga en el entorno ecológico regional y local, dentro o fuera de lo que se ha dado en llamar la Ecohistoria, preocupación tan cara al hombre y su futuro. Incluso la Historia Política expandía sus preocupaciones, al seguir a teóricos como Michel Foucault. Esa vertiente se interesaba, según Peter Burker, en el estudio de la batalla por el poder en el nivel micro: fábricas, escuelas, familias, es decir, en el marco comunitario y local.

Afortunadamente las aguas vuelven a tomar su nivel. La revisión iconoclasta y la fragmentación airada han dejado como legado lo mejor de sus propósitos. Los anteriores paradigmas, de los que se arma la historiografía regional y local, han salido cribados, despojados muchas veces del dogma, del esquema y de las visiones simplistas, bicolores, del proceso histórico.

A nivel mundial, sin embargo, no tan bien tratadas resultaron las llamadas historias locales (ni mucho menos la relación genética que existe entre estas y las regiones que las albergan), aunque sí lo fueron por la historiografía urbana de los países eurooccidentales y los Estados Unidos. En estos países creció una poderosa Nueva Historia Urbana desde las décadas de 1960 y 1970 que considera a las ciudades como sistemas en sí mismos, y cuyas características brindarían un tipo de historia que recogiese las múltiples facetas de la vida humana en estas. Lo que ha permitido que allí algunos historiadores traten de cubrir las dificultades que plantea escribir una "historia total" a través del hecho histórico urbano. Para ello se parte del presupuesto de que la ciudad agrupa a todas las preguntas que plantea la evolución del sistema de la civilización pues se le considera una especie de "conservatorio temporal", una especie de microcosmos, que debe satisfacer las preguntas del historiador.

Desde luego, la historia urbana es un fin en sí mismo y no sólo un medio. La totalidad es deseable, pero difícilmente alcanzable. Pero estos historiadores



han hecho converger tanto el anterior análisis estructural -con menor dosis de ecumenismo- con la atención a una historia individualizada, de los grupos y sectores más diversos que la componen, atenta a la red de solidaridades e identidades creadas históricamente. Y esto está a su favor. Son los casos, por ejemplo, del vasto movimiento de Historia Urbana desatado de forma inicial en Gran Bretaña y sus Dominios por H. G. Dyos y sus seguidores; el del impacto de los trabajos y la labor divulgadora de Jacob Price en los Estados Unidos; el de las series de Historias de Ciudades en Francia.

También se estudian las ciudades como centros de poder de la burguesía, desarrolladas y concebidas hasta sus últimas consecuencias para aplastar la conciencia ciudadana y sus manifestaciones, a la manera que lo realizan el antes citado Michel Foucault y sus seguidores. Para los historiadores urbanos que siguen esta línea, la función ancestral de la ciudad es la de reprimir, "disciplinar" a las clases dominadas. Los extremos de la aplicación de sus tesis llegan hasta algunos que pretenden identificar la extensión del alumbrado público o la simple enumeración de casas, apartamentos y edificios con esos objetivos represivos y normativizantes. Claro está, no se puede negar parte de razón en ello. Hasta el célebre arquitecto y urbanista franco-suizo Le Corbusier ha opinado. Para él las grandes ciudades son en realidad "puestos de mando"... de la burguesía.

La Revolución Industrial, tradicionalmente manejada como sustentadora del desarrollo urbano, es también puesta en tela de juicio, ¿por qué no? Hasta entonces se ha hecho énfasis en la relación urbanización-industrialización, lo cual parece muy lógico. Pero el mundo no es solo Europa, desde luego, ni el Viejo Continente es solo producción de bienes materiales. Son los propios británicos quienes amplían esa relación muy tempranamente, en los sesenta, al añadir a la relación tecnología-población las variables de medio ambiente y valores, elementos estos dos últimos que agitan las conciencias de la gente del oficio, extendiéndose como una gigantesca ola.

Otros, como algunos autores franceses, se cuestionan el hasta entonces consagrado binomio instituido por aquella relación. Nada de sinonimia ni mucho menos de identificación entre el desarrollo de la urbe y el de sus industrias. Incluso algunos pocos argumentan que en esa relación es posible observar un determinado grado de asimetría. Jan de Vries, recogiendo parte de ese sentir, hace una propuesta equilibradora: considerar junto a la propuesta de análisis urbano estructural, la demográfica y la cultural, estas dos últimas como variables autónomas del proceso general de urbanización. Emile Durkheim queda puesto de cabeza a partir de entonces.

Un tercer grupo llega a límites extremos. Entre estos es posible singularizar a varios historiadores norteamericanos. Resulta que la ciudad no es un producto ni de la industrialización propiamente dicha ni de las decisiones de la política urbana. Para Gunther Barth la ciudad es el resultado de la aparición de espacios socioculturales netamente urbanos, que van desde los edificios de apartamentos y la prensa hasta el parque de béisbol y el teatro de vodevil.

Se trata de la perspectiva de lo que se denomina como "vida interior" de la urbe. De esta manera queda abierto también el campo al estudio del hecho urbano a través de sus artistas, deportistas, prostitutas, inmigrantes, delincuentes, personal del servicio doméstico, etc., de sus formas de hacer y

de decir. No se habla ahora de instituciones desviantes, de lumpenproletariado, de lacras sociales, de bajos fondos. Todos sus habitantes encuentran un lugar bajo la lupa del historiador, no importa mayormente cuales sean las preferencias y filiaciones de este. Pero sistema urbano y región no encuentran igual receptividad para su estudio fuera de Europa y los Estados Unidos. Por sus condiciones, América Latina es un caso muy interesante de análisis en cuanto a lo que se viene tratando.

HISTORIA E HISTORIOGRAFIA REGIONAL Y LOCAL EN AMERICA LATINA

En un continente con una diversidad regional tan marcada, la Historia de la América Latina es la de sus regiones, criterio sobre el que insistió una y otra vez el historiador sueco Magnus Mörner, probablemente maravillado de lo mismo que vieron otros europeos unos cinco siglos antes que él.

Los españoles, asentados rápidamente en las cabezas de los grandes imperios indígenas y en otros territorios con determinado grado de desarrollo socio-cultural aborigen, se aprovecharon de los patrones regionales de poblamiento, de los conjuntos preexistentes de sus realidades socio-económicas, culturales, de la organización conferida al espacio regional, de la relación establecida previamente entre el hombre y tan variada geografía.

Es cierto que los peninsulares introdujeron sus propias realidades y patrones organizativos, pero también que estos terminaron por ser amoldados a los del mundo indígena. No obstante, entre unos y otros una cosa fue Madrid, Tenochtitlán y el Cuzco y otra Sevilla, Tlaxcala y Huamanga. Hubo desplazamiento, fusión, exclusión parcial en toda la América Nuestra, comprendiendo a las Antillas, en las que, por cierto, el bajo nivel de desarrollo cultural y una población más rala, ubicada en espacios insulares relativamente pequeños o medianos, prolongó su existencia más tiempo del que se supone.

Una objeción a esta tesis del amoldamiento de los conquistadores a los conquistados pretendió establecerse con el caso del virreinato del Perú donde el Cuzco no fue centro de la actividad colonial hispana. Se olvidaba, como recordó no un historiador, sino un literato, José María Arguedas, que los flamantes colonizadores habían adoptado como táctica establecerse en las capitales regionales de las federaciones o de los reinos preincaicos que los conquistadores cuzqueños habían sometido antes de la llegada de los europeos.

En cualquier caso, a la necesidad de establecerse en los centros radiales de grandes masas indígenas factibles de ser utilizadas, se unía la realidad de aquel puñado de españoles en medio de millones de indígenas, a los cuales no podían imponerles de forma absoluta conocimientos y experiencias generados dentro de una tradición medieval y al fragor de la Guerra de Reconquista. La vieja táctica de divide y vencerás se cumplió una vez más en el nivel étnico-cultural, pero también en el regional, tan silenciado por la historiografía tradicional.

La polémica desatada en el siglo XVI y prolongada con otros ropajes y afeites hasta el fin de la dominación colonial, cuyos centros iniciales son Las Casas y Ginés de Sepúlveda, toma al ámbito regional para glorificar o execrar el papel

de la región y sus condiciones físicas y climáticas en las mutaciones que reciben estos primeros colonizadores y concretamente sus hijos, los criollos. Según el punto de vista que se asuma podremos imaginar lo que restaría para los criollos descendientes de indígenas, africanos y del variado mestizaje.

"Cualidades" e "inclinaciones de los cuerpos" resultantes de esa relación, con las peculiaridades regionales en que se desenvolvían cada uno de estos grupos, daban motivo a los lascasianos para argumentar la humanidad del indígena y sus vástagos y para augurar un futuro promisorio a los "indianos" y sus descendientes. Para otros, los justificadores de la explotación desmedida de las colonias, esas peculiaridades llevaban no ya a una simple "mudanza" síquica y física sino a una "degeneración". Estos últimos se preguntaban qué pasaría con sus compatriotas y sus descendientes si los indígenas de las regiones serranas peruanas o del valle central azteca habían "perdido" sus barbas y los habitantes de las regiones costeras estaban tostados y "trastornados" por el sol. La respuesta, siempre a la mano, es que una continua inmigración regeneradora resolvería estos problemas. Lo que no se afirmaba es que de la misma manera la dominación colonial se prolongaría, con la bendición de la Iglesia, *secula seculorum*.

Los autores criollos y algunos europeos acriollados, pero sobre todo los primeros, contraatacaron con toda su fuerza. El cabildo regional se convirtió en el baluarte del criollaje dominante, más aún en los cabildos "interioranos", los no capitalinos, donde las elites podían manejar casi a su antojo la *res publica*, al menos hasta inicios del siglo XVIII. Se imponía glorificar la tierra americana y a sus gentes, especificar sus excelencias y potencialidades, subrayar la magnificencia de sus regiones y también realizar comparaciones con Europa favorables a los criollos.

Los autores americanos convirtieron su espacio y medio en prototipo de todas las perfecciones, incluyendo las divinas. El franciscano criollo-peruano Buenaventura de Salinas se atrevió a proponer en el siglo XVII que los criollos enriquecieran a Europa con sus virtudes y sapiencias. Otro autor se atreve a jubicar el Paraíso Terrenal en las faldas de la cordillera de Los Andes!, lo que por otro lado no es extraño si se considera que aún hoy en día Venezuela es llamada con ese nombre bíblico. Y hablando de divinidades, una crónica potosina de los inicios tempranos del siglo XVIII echó mano a los recursos de que ésta supuestamente había dotado a América para sobrepotenciar las cualidades de su ciudad, no obstante lo agreste de su naturaleza, la aspereza de su clima, la laxitud moral de sus argentíferos habitantes y el pecado en que vivían, según se decía en la época.

En rigor estas comparaciones casi siempre estuvieron referidas a las regiones capitales y a su ciudad principal. Lima, Ciudad México, Santiago de Chile, Ciudad Guatemala, son presentadas "para que de ahí se haga juicio de las demás", como dijo a mediados del siglo XVII el jesuita criollo chileno Alonso de Ovalle a propósito de Santiago. A lo sumo las descripciones laudatorias llegaban de forma más menguada a las ciudades cercanas a las grandes capitales virreinales. Ciudad México y Lima eran presentadas como el *non plus ultra* de la civilización criolla, cunas del barroquismo americano. Eso sí, con referencias ocasionales a los innegables aportes que a esta corriente hicieron los artistas y constructores del Cuzco, Quito, de algunas ciudades novohispanas, del Potosí minero y de Lima, cuyo radio de acción comprendía

durante más de dos siglos toda la América del Sur española excepto la costa venezolana. Ésta fue presentada como el *summum* de la civilización colonial, parangonable a las más grandes y ricas urbes europeas. Aquí se ubica el origen más remoto del "limeñismo narcisista" -feliz expresión del francés Bernard Lavallé- que llevó quizás, exasperado, a que Augusto Salazar Bondy escribiese su Lima, la horrible.

Las reformas del Despotismo Ilustrado, iniciadas con más fuerza de lo que se supone bajo el largo reinado de Felipe V, significaron la pérdida del poder regional de los cabildos, cercenándoseles sus facultades en cuanto a la tierra y limitándoseles aún más de la libre disposición de la fuerza de trabajo indígena. Nuevos impuestos, controles y funcionarios coronaron la tarea, reemprendida con renovado vigor bajo Carlos III.

Estas mismas reformas, dirigidas en el ámbito americano a lograr una mejor explotación de las colonias, favorecieron a la vez el interés por la historia de las regiones más alejadas de los centros de los viejos centros de poder y de los que habían surgido con los dos nuevos virreinos del Río de la Plata y Nueva Granada y el incremento del sistema de Intendencias. A fines del setecientos, periódicos como el Mercurio Peruano y el Semanario del Nuevo Reino de Granada reclamaban colaboraciones y publicaban decenas de descripciones de ciudades y regiones de la vasta geografía americana. Aparecían los segundos balbuceos, tras la experiencia generada al calor del debate lascasiano y la posterior pugna ibero-criolla, de una historiografía regional y local extracapitalina.

Alejandro de Humboldt, científico y viajero de renombre, tomó nota cuidadosa de esa rica diversidad regional tan maltratada por la monarquía ibérica. Presentó los límites a que se había llegado, denunció sus lacras más ofensivas. Los procesos independentistas estaban a las puertas.

Ahora bien, el estudio de estos procesos ha marginado un elemento precioso para su análisis, el de las regiones. Pretender analizar las historias nacionales al calor de las grandes personalidades y de las capitales coloniales es un error garrafal que reforzó una concepción historiográfica previa que aún padecemos.

La historiografía regional y local no pudo menos que replegarse ante la ofensiva del respaldo que nuestros intelectuales del siglo XIX y de buena parte del XX prestaron a los llamados Proyectos Nacionales, concebidos y puestos en práctica desde las capitales de los nacientes estados latinoamericanos y también antiguos centros del poder metropolitano.

No es un secreto para nadie que la colonia sobrevivió en la república tanto en América Continental como en Cuba, que alcanza más tardíamente su independencia. Puerto Rico pasó sencillamente de un status colonial al otro. Esto quiere decir que los estados emergentes se abocaron a proyectos de construcción de sus respectivos estados-naciones sobre las estructuras coloniales heredadas. De aquí que el predominio de las grandes capitales virreinales y de las capitanías generales transitara entre una y otra época histórica con visos de normalidad.

Las oligarquías gobernantes, hoy llamadas elegantemente como elites, prolongaron así su existencia, manejando a su antojo al pueblo en función de sus intereses. Los antiguos cabildos, ahora convertidos en flamantes



ayuntamientos, albergaron a los descendientes seculares de los conquistadores y "beneméritos". Cambiaban los ciclos productivos pero la tierra, los indígenas, los negros, los "blancos de orilla" y sus mestizos, más algún que otro inmigrante de "razas inferiores", seguían siendo controlados por esas oligarquías cuya sangre se revitalizaba de forma periódica con el arribo de inmigrantes europeos, los que se enriquecían, desde luego.

La situación, salvo excepciones muy contadas y temporales, se mantuvo igual, excepto que la fragmentación política, a la que se opusieron los libertadores, consolidó el papel de nuevas capitales estatales. En el ínterin, la vida regional se expresaba con sus últimos grandes bríos por el brazo y la palabra de los caudillos. De estos triunfaron finalmente los que tenían mayor fuerza y habilidad para poder penetrar la compleja y secular madeja de intereses de los grupos de poder capitalinos. Por ello las largas guerras civiles azotaron y debilitaron a estos estados pero sobre todo a las regiones que los componían.

Las historiografías nacionales, como antes se ha dicho, convalidaron esas propuestas de "naciones" que en puridad fueron estados surgidos al calor de algunas de las antiguas divisiones político-administrativas coloniales. La nación, aunque proclamada, debía construirse o terminar de construirse. Los límites estatales establecidos y por establecer hicieron caso omiso de realidades preexistentes, en particular las de los pueblos-naciones indígenas. La situación real no podía ser más complicada y un pueblo de cultura ancestral, como el de los mayas, por ejemplo, quedó dividido entre los nuevos estados de México, Guatemala, Honduras y Belice.

El ideal de nación requería de nuevos mitos que se hallaron en los procesos independentistas y sus adalides, olvidando de paso el ideal de unión de los grandes fundadores. Aquí fue donde entró a jugar su papel la historiografía romántica, completada sucesivamente por la liberal y después por la positivista.

El repliegue de la historiografía regional y local en sí misma se constituyó en hecho consumado y justificado, como autodefensa ante las embestidas capitalinas. La región vio cada vez más cercenada su personalidad. Los proyectos centralistas capitalinos medraron a costas de éstas, verdaderos esqueletos del cuerpo nacional, cuerpo que es el que se exigía a todos. Por ello se impuso, con renovado vigor, la defensa de los intereses regionales no tanto contra el extranjero usurpador como contra la capital extorsionadora.

La historiografía regional y local añadió a los elementos eruditos que casi siempre la acompañaron los presupuestos de la misma historiografía romántica, liberal y positivista, que tan bien sustentaban la construcción historiográfica de "naciones" perfectamente cuajadas, sólo existentes en las mentes de sus progenitores. Salvo contadísimas excepciones que no hacen sino confirmar la regla, esta historiografía regional mantendría dichos cauces durante todo el siglo XIX e incluso, la de sus epígonos, asiste a la inauguración de este nuevo milenio.

Ésta hace de la figura del gobernante europeo primero y de las autoridades regionales de los nuevos estados después el elemento director y ejecutor del desarrollo. Toma de la figura del héroe romántico los elementos necesarios para construir el arquetipo del personaje que lidera a los grupos de poder regional y local en "bien" de la comunidad. Bolívar, O'Higgins, San Martín, Morazán, Martí y otros próceres son los modelos, pero solo en mármol, a

través de los cuales se arman los personajes y personajillos ejecutores del progreso, noción tan cara a toda esta historiografía "nacional" o regional, avalada todavía más por la irrupción del positivismo.

La ciudad cabecera de la región es glorificada a límites extremos, como antes lo fueron Lima, Río de Janeiro y Ciudad México. El trazado urbano, los servicios diversos de que disfruta, las construcciones civiles, religiosas y militares, la imprenta, periódicos, libros y revistas, los éxitos de sus hombres de letras, las vías de comunicación y en específico los ferrocarriles, son vistos como los agentes portadores de ese progreso. Producción y trabajadores son meras referencias. Las guerras independentistas y algunas otras pocas son vistas como males necesarios e inevitables. Sublevaciones, conspiraciones y revoluciones sociales apenas aparecen y, cuando se les menciona es con dureza, en pocas líneas.

Para esta historiografía nada debe perturbar el anhelado progreso. Alguna que otra queja sobre la capital, pero no más que eso. Sus cultores se refugian en la patria chica, sus bondades y excelencias. Ya ni siquiera la capital colonial es el paradigma para contraponer a la metrópoli. La capital republicana o monárquica americana es el enemigo en sí mismo, pero del que no se escribe, ni se puede ni debe escribir, so pena de atentar contra la "unidad nacional". El resto de los estados en que se inscriben otras regiones y el mundo en general son meras referencias cuando no queda otra alternativa. La región y sus localidades son presentadas como ejemplos de autarquía posible, siempre hacia adelante. Plagas, enfermedades, calamidades naturales, son de mal gusto, simplemente para mencionar o para destacar los agentes del progreso que se les enfrentan. Tampoco es corriente tomar en cuenta las regiones vecinas. Es como si la región estudiada fuese un ente extraterrestre, de una autarquía rampante.

El siglo XX, con aires historiográficos y científicos renovadores en general, apenas es notado. La literatura histórica regional y local cada vez se enquistas más. Médicos, abogados, periodistas, maestros y profesores, diletantes o no, son los cultores, los cronistas o historiadores de la ciudad y su región. El oficio del historiador tardará muchos años en comenzar a horadar esa gruesa coraza de que se ha recubierto la historiografía regional. Los grandes sistemas sociológicos, excepto el positivista en sus variantes más atrasadas, son ignorados. Las escuelas historiográficas europeas, recepcionadas con entusiasmo en las capitales, aunque con atraso, son desconocidas. Los pocos movimientos y tendencias autóctonas de ese orden generados en las capitales y en alguna que otra ciudad latinoamericana importante no hacen mella en la espesa urdimbre local.

Las Academias Nacionales de la Historia, que junto a las de las Letras se diseminan en un buen número de países latinoamericanos, establecen una especie de pacto de caballeros con los historiadores locales. Pocos Miembros Correspondientes y algún que otro augusto sillón capitalino son conferidos a las ciudades del "interior" para dar una imagen totalizadora, lo que es muy bien aceptado por los historiadores de las regiones. Se impone otra especie de pacto, en este caso de silencio, que convalida límites y atribuciones: unos construyen historia "nacional", otros hacen historia regional. Más adelante las Academias tratarán de penetrar en la vida regional, como concesión a una realidad que le es hasta cierto punto ajena, pero de la que no pueden prescindir

so pena de perder su pretendida representatividad nacional. Congresos y eventos nacionales de toda índole consideran a partir de ese momento miles y miles de ponencias y trabajos "interioranos" que no se pueden continuar negando pero que en sí mismos demuestran el resultado de una fragmentación siempre condenable por los viejos y nuevos detentadores del poder y los historiadores ancilares a su servicio.

Algunos grandes hechos históricos del siglo XX latinoamericano comienzan a hacer temblar esa construcción historiográfica secular, añeja y excluyente. La Revolución Mexicana demuestra que ésta es un producto de sus regiones y no de su capital. Es más, Ciudad México es el símbolo tomado por villistas y zapatistas y desdeñado inmediatamente, volviendo grupas. A seguidas, la ola de sublevaciones y revoluciones trucas que recorre América Latina a comienzos de la década de 1930 es signo evidente del vigor contenido del "campo", del "interior", que no ha podido ser detenido con los titulados templos a la sabiduría grecorromana-capitalina de un tirano como el salvadoreño Maximiliano Hernández.

Son nuevos tiempos que sustentan acontecimientos historiográficos múltiples, representativos de una época que cambia más rápido de lo que presuponen los cronistas, émulos de Clío, inmersos en la que el teatrólogo cubano Rine Leal llamó vida municipal y espesa. Los nuevos acontecimientos recorren el Continente. Emilio Roig de Leuchsenring, en Cuba, llevó con toda premeditación los Congresos Nacionales de Historia a los más insospechados lugares del país. En la tierra azteca una nueva institución, el Colegio de México, formó algunos de los nuevos historiadores para quienes la región debía tener un lugar en el discurso historiográfico verdaderamente nacional. En Argentina los congresos y eventos regionales de Historia amenazaban por sobrepasar los objetivos de sus propios organizadores, académicos o no.

La II Guerra Mundial, mientras tanto, ponía sobre el tapete de nuevo el problema regional, entre tantos otros asuntos capitales. Esta retomaba viejos pretextos regionales insatisfechos desde la primera conflagración. Tampoco los resolvió de forma total, pero fue muy aleccionadora su triste experiencia. Tras su conclusión se planteó para América Latina y el Caribe la disyuntiva del desarrollo y en ésta las regiones tendrían que jugar su papel. Las maltratadas burguesías nacionales, a las cuales se les negaba hasta ese apellido, vieron en las regiones, sobre todo en aquellas de las que se retiraba total o parcialmente el capital extranjero, fuentes de oportunidades que debían aprovecharse.

Para cumplir dichos objetivos las ciencias de la planificación recurrieron a las investigaciones regionales y locales, como base idónea para sustentar las propuestas del anhelado desarrollo económico-social. Quedaba claro que, desde este oxigenante punto de vista, las capitales no podrían continuar concibiéndose como pivotes exclusivos y excluyentes de ese desarrollo. Organismos supranacionales, como la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), dirigieron sus pasos hacia lo regional y local como alternativa del buscado desarrollo. Por fin la discusión intelectual desarrollo-subdesarrollo consideraba la dimensión regional con toda propiedad.

En medio de estos nuevos aires renovadores ocurrió un acontecimiento editorial apenas perceptible de forma inicial. Un historiador de oficio, mexicano, Luis A. González y González, escribe otro de esos "libros sobre pueblos", que

por centenares disfrutaba la gente pueblerina. Su título, aparentemente inofensivo, hacía prever nuevos senderos para un área de la historiografía que languidecía tras casi cuatro siglos de existencia. Pueblo en Vilo. Microhistoria de San José de Gracia (1968), contenía en su título dos palabras claves que, antes de abrir el libro, ponían a pensar. En vilo significa despierto, vitalidad, vigor, resolución, ganas de hacer. Lo de microhistoria implicaba que existía "otra" Historia, que se podía realizar en planos más restringidos, pero tan valaderos como los de las demás áreas de la Ciencia Histórica.

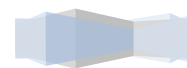
El pueblito, ni siquiera una ciudad, aparecía como lo que era, un pequeñísimo microcosmos donde sus habitantes trabajaban, se divertían, hacían vida social e intelectual, murmuraban, vivían y morían con aspiraciones y anhelos como los de los demás mortales. Fiestas, creencias, comidas y bebidas se relacionaban armónicamente con pasiones y eventos de diferente naturaleza. Además, San José de Gracia era algo más que esto, como conceptualizaría pocos años más tarde Don Luis, era la "matria", o sea, el entorno propio del pueblo, que a él se le antojaba a través de una imagen: toda el área que pudiese alcanzar a la redonda la vista si nos situamos en el piso superior del campanario de la iglesia del pueblo.

Se podrá objetar que se trata de una imagen un tanto idílica, pero al menos esta es algo más precisa que la del difuso *hinterland* entonces y aún hoy en boga. No obstante, el Maestro mexicano ponía el dedo sobre la llaga de un asunto no resuelto enteramente por la historiografía regional y local precedente, el de la relación región-sistema urbano que años más tarde resurgiría como problema.

Todo cambió para la historiografía regional y local a partir de la década siguiente, la de los setenta. Las nuevas hornadas de historiadores formados en México y entre estos los que volvían a sus lugares de origen en el resto de América Latina, llevaron las novedosas ideas a sus países de origen, en lo que jugaron un importante papel los historiadores mexicanos y del exilio español del Colegio de México. Ahora sí, en la América Nuestra, el terreno estaba mejor abonado y preparado para la nueva cosecha de historiadores regionales y locales y para la recepción del abono de otras corrientes y escuelas historiográficas del mundo del desarrollo.

RETOS DE LA NUEVA HISTORIOGRAFIA REGIONAL Y LOCAL EN AMERICA LATINA

En las tres últimas décadas del siglo XX y la primera mitad del nuevo milenio, la Nueva Historiografía Regional y Local contemporánea en América Latina, caracterizada por una más completa definición y conciencia de la cuestión regional frente a la historia local tradicional, comenzó por dar atención particular a su objeto principal de estudio, o sea, a la definición conceptual de la región, y esto no ha sido fortuito. Los antecedentes conceptuales de este asunto en disciplinas como la Arqueología, la Etnografía, la Etnología y las ciencias de la Planificación Regional, sirvieron de base para estas y otras determinaciones conceptuales y teóricas en la Historia Regional y Local. Pero también la dispersión de enfoques que trae cada una de éstas contribuyó a la confusión que devino con posterioridad en esta área de la Historia. A ello se



añade la otra confusión que trae el manejo indiscriminado de la terminología regional en los medios masivos de comunicación.

Por otro lado, se han ido planteando otros problemas durante estos últimos cuarenta años. Uno de estos, el de los límites de la región, se confunde con las divisiones político-administrativas y lleva a un galimatías del que aún no se sale. Encima de esto, la necesaria remisión en la investigación a las fuentes vaciadas en esos moldes estatales en cualesquiera de sus instancias, aumenta dicha confusión en los regionalistas menos experimentados y en aquellos con mayor tiempo en el oficio que han hecho caso omiso a las nuevas corrientes y aportes en esta área de la Ciencia Histórica.

Otro problema relacionado con el asunto es el de los límites reales de la región en cualquier momento de su desarrollo. Existe una tendencia a inmovilizarlos en el tiempo y en el espacio, lo que denota la no comprensión de la dialéctica del proceso regional. El hombre ocupa aquella parte del espacio que necesita y no otra, en el momento en que quiere y puede realizarlo.

Algunos se empeñan en identificar la región con el capitalismo y sus variantes de esta parte del océano Atlántico, en un continente en que están presentes desde este régimen hasta el de la comunidad primitiva. Se desconoce que la región, por definición, surge antes que el capitalismo, aunque éste la impulse o retrase a límites extremos. La historia reciente habría de tener en cuenta además el nuevo papel que le confiere a la región el capitalismo globalizante, como se ha dicho.

Se encuentra avanzado el estudio de los patrones económico-sociales que sustentan la vida regional. Se conoce aspectos de la interrelación entre estos: esclavismo-capitalismo en el Gran Caribe, formas de carácter feudal-capitalista-esclavista en la tierra firme continental. El problema radica en que hasta los regionalistas toman como pivote para sus investigaciones los patrones económico-sociales capitalinos predominantes, olvidándonos que estos están en la esencia de las interpretaciones supuestamente "nacionales" de nuestros procesos históricos respectivos.

Tampoco se entiende bien el papel de los centros nodales en la conformación regional y mucho menos el del sistema de ciudades y poblados y, cuando se comprende, la ciudad queda reducida a un ente impersonal, de cabecera política y/o militar-policia a lo sumo. Sobre esto volveré más adelante.

Éstas y otras consideraciones pueden realizarse, agregándoseles que, pese a todo, se ha ido despejando el campo para una mejor comprensión de la región. Un obstáculo grande a los éxitos relativos de esa comprensión se relaciona con la difusión en América Latina, a partir de 1987, de la tesis regional de Eric Van Young desde 1987 hasta los días que corren. Bien estructurado y argumentado el trabajo del profesor norteamericano, el mismo ha reducido a las regiones a meras unidades de análisis, asépticas e impolutas, que no pueden estar más alejadas de la realidad de continentes como el nuestro.

El trabajo regional requiere, sí, de profundizar en la definición conceptual esencial que lo anima, pero se está produciendo un agotamiento de las variables a través de las cuales se le estudia. Se carece de nuevas perspectivas, del planteamiento de problemas agudos y de la revitalización del estudio de viejas dificultades para su avance. Una de estas es la de la cultura,

que los regionalistas han dejado en manos de los culturólogos, desdeñando su importancia para la determinación de la identidad regional y la de la propia globalidad del fenómeno regional.

Los viejos historiadores liberales y positivistas hicieron de la cultura y de la educación los pivotes fundamentales del desarrollo, pero también dejaron un legado que no se ha aprovechado. Sencillamente se ha proscrito en la práctica un tratamiento a fondo del asunto, quizás como reacción a aquellos extremos. Don Luis González y González retomó, de forma creadora, esa tradición, ampliándola por encima del arte, la literatura o el urbanismo hasta aquellos aspectos más disímiles de la vida diaria del hombre. Ni de aquellos ni de este se ha aprendido mayormente.

Así, no basta con tomar de los avances regionales de otras ciencias sociales y de las naturales. Es menester integrarlas orgánicamente al trabajo del historiador regional. El enfoque multidisciplinario tuvo su lugar en la Regionalística, ahora se requiere del más moderno concepto de la intradisciplinariedad para enfocarla, bien se sitúe el investigador en una u otra ciencia o disciplina.

Es necesario acercarse a las ciencias exactas e ingenieriles, tomar de sus métodos para agilizar la lentitud de los métodos y procedimientos de trabajo histórico-regionales, francamente atrasados si bien aprovechables. Se impone crear una conciencia metodológica y abrirse al campo de las más útiles técnicas y procedimientos de trabajo.

En un Continente eminentemente político no se puede seguir hablando de política capitalina solamente. La historia de la política y de sus instituciones requiere del enfoque regional, de la conformación de sus grupos de poder, de la estructuración de los diversos grupos interregionales, del peso de unos y otros en la política metropolitana.

De la misma manera, las guerras, sublevaciones y revoluciones claman por consideraciones regionales específicas y por conocer el diferente impacto que causan en las diversas regiones y en las naciones. Ya no tiene sentido que las historiografías las manejen a su antojo para construir sus presupuestos "nacionales", pero también los estudios regionales deben brindar mayores fundamentaciones sobre el tema. Solo deseo observar que estos hechos han sido manejados con toda intención por esas historiografías para pretender brindar carácter nacional a sus obras y de ahí han pasado a establecer periodizaciones "nacionales" de las cuales ya se conocen y padecen sus historias respectivas y sus insuficientes resultados.

Fronteras y límites, tan afines al trabajo histórico nacional contemporáneo y en general a todos aquellos aspectos que tienen que ver con estos problemas, ha dado origen a una disciplina, la Fronterología. Pero no se considera mayormente el papel de la región como tal en la determinación de los más profundos y complicados problemas que se relacionan con este asunto. La existencia de centros de estudio e investigación debe ser respaldada con una seria fundamentación histórico-regional, incluso en aquellos países con límites marítimos predominantes o exclusivos -como el caso de Cuba-, ya que sus regiones costeras se han visto afectadas en el transcurso del proceso histórico de forma continua por los intercambios de todo tipo con otras regiones del Golfo-Caribe.

Tan grave es el desconocimiento de estos asuntos, por ejemplo, que algunos colegas afirman que la Gran Antilla no tiene este problema. Como si sus vecinos de Haití, Jamaica, Islas Caimán, el Yucatán mexicano, la península de La Florida y las islas Bahamas pudiesen ser ignorados en el estudio de las regiones cubanas afectadas respectivamente por flujos económicos, sociales, políticos y culturales que han provenido históricamente de esos vecinos. Cuál no será entonces la situación de la América Latina continental, pletórica de situaciones fronterizas regionales hasta ahora casi siempre analizadas desde la óptica de la nación.

Países con una vocación exportadora por necesidad, las historiografías "nacionales" han priorizado la investigación del mercado exterior, el que se relaciona invariablemente con el puerto que sirve a la capital o la capital-puerto y alguna que otra ciudad ribereña con condiciones para efectuar ese trasiego de productos de exportación-importación. El mercado interior, marginado o vapuleado, apenas si es referenciado. Pero este es el que se relaciona de forma más directa con la vida regional, es decir, con la de la mayor parte de nuestros países. Además, se olvida que tal mercado es el que surte a la región capitalina, creando un potente movimiento apenas perceptible en los documentos y en la construcción historiográfica. Tampoco esas historiografías consideran mayormente los circuitos comerciales interregionales, complementarios entre sí, en países donde el mundo rural ha sido predominante durante siglos. Tampoco los regionalistas hemos dado aportes sustanciales a este punto, a pesar de que existe el excelente precedente del estudio de los circuitos comerciales andinos de Carlos Sempat Assadourian y sus seguidores en los países del Cono Sur, por situar sólo un ejemplo, que bien podría ser utilizado desde el punto de vista comparativo.

Por razones similares los movimientos migratorios intercontinentales e incluso entre colonias y estados han sido tratados probablemente hasta la saciedad. La introducción de esclavos africanos, coolíes chinos, trabajadores hindúes y otros, son muy conocidos. La llegada de inmigrantes europeos, sobre todo españoles a Cuba, italianos a Argentina, alemanes a Chile, japoneses al sur brasileño, europeos en general en la historia venezolana reciente, a guisa de ejemplos, cuenta con serios estudios e incluso hasta con publicaciones especializadas.

Menos se conoce del trasiego de grandes masas de las poblaciones indígenas que son las que han hecho parte sustancial de los mercados de fuerza de trabajo en el Continente. Pero el problema se magnifica cuando se pretende conocer estos asentamientos y movimientos en las regiones para poder sustentar sus distintas realidades. Salvo excepciones, los estudios de las migraciones internas desde la perspectiva de la Historia Regional brillan por su ausencia. Y no digo de las interpretaciones "nacionales" de este asunto, que sí proliferan como bellas construcciones intelectuales aunque no siempre reales.

Otra cara del problema está aún menos trabajada desde la perspectiva que nos ocupa. Se conoce del origen regional de los inmigrantes en una perspectiva "nacional" pero no hay mayores resultados de investigaciones sobre la ubicación e impacto de estos en las regiones, lo que es factor diferenciador por excelencia. Por lo general se identifica a todas las culturas negras con un único tipo de africano o a las ibéricas con lo español y lo portugués, gran falacia que

encubre variadas culturas regionales con repercusiones diferenciadoras según la región. Esta es tarea prioritaria de los regionalistas.

Con mayor gravedad se presenta el estudio de las ciudades en algunos de los países latinoamericanos más atrasados, que son los más. Y lo que es más preocupante: se transfiere allí, con toda tranquilidad, este problema a otras disciplinas. Esto no quiere decir que no existan serios y muy valiosos estudios continentales al respecto, coloniales o nacionales, desde la perspectiva histórica, pero son insuficientes. Con las ciudades ocurre, aunque con mayor frecuencia, como con la historia de las regiones. Es tal la ignorancia desde una perspectiva contemporánea sobre éstas en un número sustancial de estos países latinoamericanos que la representatividad de las conclusiones actuales al respecto se reduce a cifras irrisorias. Aquí hay que tener forzosamente en cuenta y a nivel mundial que la población urbana ha ido del 3 al 45 % de sus totales mundiales respectivos entre 1810 y 1995. En Cuba, por ejemplo, la cifra era del 74 % en 1996. En casos extremos la sola ciudad capital puede englobar tranquilamente la mitad de la población del país, de lo cual Montevideo es un buen exponente extremo.

Se critica el predominio de las capitales latinoamericanas en el plano historiográfico cuando de lo que se trata en verdad es del predominio de los centros de poder que en éstas se asientan. Poco se conoce de las metrópolis como tales y desde el punto de vista historiográfico, salvo los trabajos efectuados sobre las megalópolis y sobre alguna que otra ciudad del Continente. Diría que las capitales son como especie de huérfanas muy marginadas en su análisis integral y mucho más el de las regiones en que se inscriben. Por tanto, no es justo continuar realizando una crítica anticapitalina abstracta ni seguir denominando el problema con el nombre siquiera de estas capitales y sus regiones circundantes sin las aclaraciones pertinentes. Es asombrosamente rampante el desconocimiento que se tiene incluso del "microcosmos" capitalino insisto, desde un punto de vista historiográfico integralmente concebido.

Para ese grupo de países de la América Latina la investigación histórica sobre ciudades requiere particularizar en la estrecha relación que los diferentes complejos económico-sociales y político-culturales rurales han tenido en la vida urbana, por no hacer referencia ahora al caso de las ciudades portuarias que ameritan una atención especial, por el carácter exportador por definición de las economías latinoamericanas.

Estos complejos problemas comienzan a tener respuesta con la investigación sobre el capital inmobiliario, los tipos fundamentales de capital que están detrás de éste (industrial, comercial) y especialmente uno de sus aspectos, la renta del suelo, con la especulación que trae la ciudad al valor de la tierra. Por eso es por lo que hay que dedicarle atención a la industria de la construcción y sus materiales. Y no hablo solo de la historia reciente, sino también de la traducción de estos términos a la historia colonial e independiente decimonónica. Todo ello juega con los demás órdenes de la vida citadina y con aspectos tan diferentes y aparentemente lejanos que van desde las migraciones urbanas hasta las inversiones de capital en las ciudades y el nivel tecnológico alcanzado.



Con el predominio del capitalismo dependiente se agrega al valor de uso (no comercial) del suelo urbano el valor de cambio, al convertirse este último en una mercancía más, cada vez mejor cotizado. Por esto el valor y la especulación sobre el suelo urbano lleva incluso a buscar ciudades intermedias e incluso pequeñas, donde la renta del suelo es más económica y aquí volvemos a entrar en un ámbito muy presente en los sistemas latinoamericanos de ciudades. A propósito, este tipo de ciudades de que está plagada la geografía latinoamericana históricamente, clama por una atención particular.

En el orden social se ha avanzado en estudios generales sobre las divisiones en clases, grupos y capas sociales urbanos, probablemente por la influencia del positivismo más evolucionado y del marxismo, según el caso. Pero, como en la región, algunos asuntos apenas se trabajan. De estos, las migraciones internas campo-ciudad y ciudad-campo requieren de un análisis detenido, aunque las fuentes sean escasas y a veces contradictorias. Este es un flujo intermitente pero continuo que se mantiene desde la época colonial y que se ha renovado en el siglo XX.

Los procesos migratorios habría que verlos en sus perspectivas de transculturación antes que de aculturación, lo que nos acercaría a los necesarios análisis culturales a los cuales me he referido antes para la región. En este punto se reforzaría de paso el estudio de las identidades, desde la perspectiva urbana y no sólo para las grandes urbes, lo que es más conocido. Así, sería muy útil para América Latina trabajar las viejas leyes de migración de E. G. Ravenstein en cuanto al flujo del campo hacia la ciudad, claro está con las consideraciones oportunas para un proceso en que el incentivo de la manufacturización primero y de la industrialización después no es la única causa principal.

En esto también habría que tener en cuenta la idea del mexicano Ariel Rodríguez Kurí de que la industrialización latinoamericana, dilatada en el tiempo, coincidió con la articulación de formas productivas manufactureras localizadas también en el campo, o lo que es lo mismo, caracterizadas por la dispersión de las unidades productivas, como es el caso de la manufactura azucarero-esclavista del Caribe y del atlántico brasileño en el siglo XIX.

Justamente se está en presencia para el caso latinoamericano de un proceso de diferenciación regional muy agudo, del que por suerte tenemos alguna información y varios modelos a utilizar, tanto de dentro como de fuera del Continente. Habría que considerar, en particular en la historia más reciente, el incentivo de las ciudades polos de industrialización y/o de servicios y el efecto del espejismo ciudadano para el éxodo campo-ciudad, que es más antiguo de lo que se imagina corrientemente. Ya es más aceptado que este último elemento se conjuga con aquellos más conocidos de la exclusión latifundista, el empobrecimiento de los suelos, la insuficiencia física de nuevas tierras y el atraso tecnológico de las explotaciones rurales para explicar las migraciones hacia las ciudades.

En el plano social también se ha avanzado en el conocimiento de la estructura social urbana, así como en sus manifestaciones extremas: huelgas, paros, reivindicaciones de todo tipo, revoluciones sociales o conatos de éstas en cuanto a las clases dominadas. Existe ahora una mejor comprensión de las asonadas, cuartelazos, componendas de todo tipo, como muestras del poder

de las elites ciudadinas. Pero me pregunto si es que realmente se ha brindado una atención, no solamente "contestataria" a las elites en su actividad, en su grado de preparación, en sus múltiples relaciones incluso con grupos y sectores populares, en su actividad institucional de todo tipo, en sus manifestaciones a veces de defensa de la tierra criolla y nacionalistas después, al menos en sectores y grupos de estas.

El estudio de la familia, como el antes mencionado de la mujer y de los grupos sociales desoídos por la historiografía regional, clama por las consideraciones de esta última. Se impone realizar, como en el caso de la región, el estudio de familias urbanas que permita arribar a las claves de una buena parte de la realidad social, si es que entendemos a la familia como pieza clave del desarrollo de la sociedad. Pero cuando se habla de familias es de todo tipo de éstas y no sólo las que componen las elites, independientemente que las mismas, por sus medios económicos, instrucción y posibilidades en general, han dejado ricos testimonios de su actividad. Las relaciones entre unas y otras estarían entre los objetivos del historiador local, de la misma manera que es apasionante el estudio de las relaciones de parentesco, compadrazgo y clientelismo para lograr una imagen más acabada de la ciudad.

En el campo político, y vuelvo sobre este asunto, los gobiernos urbano-regionales apenas están estudiados, en particular aquellos de las grandes ciudades no capitalinas, dada la complejidad de su legislación, la fragmentación y disfunción del gobierno y sus instituciones y la intervención de las instancias gubernativas intermedias (provincias, gobernaciones, departamentos, etc.) y coloniales/nacionales. Incluso tampoco todas las capitales latinoamericanas disfrutaban de estudios integrales de su especificidad política.

En cuanto a las ciudades pequeñas y medianas, mucho más afines a la realidad latinoamericana y caribeña, la investigación sobre las instancias políticas presenta similar situación, en este caso por que se confunde por lo general al gobierno de la ciudad con el gobierno regional (independientemente de sus numerosos puntos de contacto) y lo que es más grave aún, se arriba a conclusiones muchas veces que más bien están relacionadas con el plano político nacional que con el urbano.

Sin embargo, es un hecho reconocido que los intereses regionales y de sus centros nodales se plantean por diversas vías, incluso mediante alianzas con ciertos grupos de poder capitalinos coloniales y con sectores de los grandes partidos políticos de los estados latinoamericanos con posterioridad, tanto en sus delegaciones de base como en el plano nacional o provincial\departamental, pongamos por caso.

Otro problema a resolver, en este caso desde el siglo XVIII y hasta fechas recientes, es el de la paulatina pérdida del poder político-administrativo de las ciudades -y de sus regiones- que no puede seguir respondiéndose de forma preferente a través de las reformas del Despotismo Ilustrado primero y de la construcción de los Proyectos Nacionales después.

Por otro lado, el problema del análisis de la cultura material y espiritual en el contexto urbano -y también regional-, desde la perspectiva de la Historia, presenta una situación más grave aún. En el mejor de los casos se continúa concibiendo la cultura como un añadido al resto del discurso historiográfico



regionalista, a la manera positivista tradicional, sin una verdadera integración orgánica al resto del análisis, a lo que antes nos referimos. Se parte por lo general de una visión limitada del proceso cultural, sin siquiera reconocer su complejidad y la necesidad que tienen los historiadores, en particular los historiadores urbanos, de asesorarse y de establecer nexos estrechos de cooperación con los culturólogos en sus diversas manifestaciones.

Además, la incorporación de las interpretaciones culturales a los estudios urbanos facilita una visión integral del proceso histórico, en que se entremezclan o entrelazan factores políticos, sociales, demográficos, religiosos, en la conformación del hecho histórico urbano, aparte del valor que dichas interpretaciones tienen por sí mismas.

Vista en estas perspectivas la historia de las ciudades no queda menos que concordar que éstas, al igual que las regiones en que se inscriben, juegan un papel básico dentro del tan debatido problema de la formación de las identidades nacionales, que tanto preocupa en la actualidad. La ciudad es un emporio del mundo cultural regional y nacional, entrelazando desde sus tiempos primigenios la cultura urbana y rural, lo que brinda solidez a la cultura nacional, aunque diferenciándose ambas, la urbana y la rural, a partir de los tiempos modernos, y dotando entonces de un mayor enriquecimiento a dicha cultura nacional.

Por otro lado, en estas identidades sus construcciones diversas: sexo, edades, familia, migraciones, barrios o urbanizaciones, oficios, instituciones de todo tipo, deberán tenerse en cuenta obligatoriamente, a lo cual se debe añadir que estas construcciones muchas veces están basadas en redes, estrategias, alianzas de tipo situacional, que no podemos perder de vista para poder brindar una mejor interpretación del proceso histórico urbano.

En resumen, la situación de la historiografía regional y local en América Latina ha avanzado en los últimos decenios, no tanto como se desearía, pues si bien hay países con un buen trecho recorrido, la mayoría apenas están comenzando este trabajo o presentan serias deficiencias en sus resultados actuales, incluyendo al Caribe no hispano. Tampoco se ha comprendido del todo que la perspectiva principal de los regionalistas es hacer historia regional, sí, pero paralelamente la de contribuir con toda eficacia a la escritura de verdaderas historias nacionales.

Se imponen otras tareas tan perentorias como aquellas y alcanzar resultados superiores que se explican en sí mismos por la ola globalizadora, el siempre presente reclamo de sus autores de verse representados y por los procesos de cambio que conmueven a las sociedades latinoamericanas y caribeñas contemporáneas. En este sentido la educación y la enseñanza son instrumentos preciosos, que requieren de conocimientos regionales científicamente fundamentados.

Además, para cumplir con los objetivos de la historia regional hay que tener muy presente que, a nivel historiográfico, se ha integrado sólo parcialmente a su quehacer las posibilidades que brindan las nuevas o revitalizadas corrientes de las historias de vida, de mentalidades, de la vida cotidiana y otras que, por otro lado, cuando se utilizan, muchas veces se confunden con la propia historia regional y local. A través de estas corrientes se incorporarían actores y grupos

sociales hasta ahora marginados del discurso histórico y se rescataría aún más la rica memoria histórica de la historia más reciente.

Bibliografía

- Assadourian, Carlos Sempat. El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982.
- _____. "Homenaje a Carlos Sempat Assadourian" (con presentación de Silvia Palomeque), en Anuario IEHS no. 9. Tandil, Argentina, UCPBA, 1994.
- Barth, Gunther. City People: The Rise of Modern City. Culture in 19th Century America. New York, 1980.
- Burker, Peter. "Overture: The New History, its Past and its Future", en New Perspectives on Historical Writing (comp.). Pennsylvania, University Park, 1992.
- Davis, Natalie Z. "The Shares of Social History", en Hist. Historiographie no. 17, 1990.
- Dilla Alfonso, Haroldo (coordinador). Ciudades en la frontera. Aproximaciones críticas a los complejos urbanos transfronterizos. Santo Domingo, República Dominicana, Editora Manatí, 2008.
- _____. et al. Ciudades fragmentadas. Fronteras internas en el Caribe. Santo Domingo, República Dominicana, Yan Impresos, s/f.
- Dosse, François. "La historia contemporánea en Francia", en Secuencia no. 24. Ciudad México, sept.-dic., 1992.
- Fábregas Puig, Andrés y Pedro Tomé Marín. Regiones y fronteras. Una perspectiva antropológica. México, El Colegio de Jalisco-Secretaría de Educación Pública, 2002.
- Fernández, Sandra (compiladora). Más allá del territorio. La historia regional y local como problema. Discusiones, balances y proyecciones. Rosario, Argentina, Prehistoria Ediciones, 2007.
- Fernández, Sandra y Gabriela Dalla Corte (compiladoras). Lugares para la Historia. Espacio, Historia Regional e Historia Local en los Estudios Contemporáneos. Rosario, Argentina, UNR Editora, 2005.
- Foucault, Michel. Surveiller et punir, naissance de la prison. Paris, Gallimard, 1975.
- Furet, François. L'atelier de l'Histoire. Paris, Flammarion, 1982.
- Ginzburg, Carlo. El Queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI. Barcelona, Muchnik Editores, 1982.
- González González, Luis. Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia. México, El Colegio de México, 1968.
- Knight, Franklin and Peggy K. Liss (eds.). Atlantic Port Cities. Economy, Culture, and Society in the Atlantic World, 1650-1850. Knoxville, The University of Tennessee Press, 1991. (En especial: "Summation: The American Panorama of Atlantic Port Cities", por Jacob Price).
- Lago, Marcelo. "La historia local y regional en la enseñanza" en Entrepassados. Año VI, no. 11. Buenos Aires, 1996, pp. 155-168.
- Landavazo, Marco Antonio (coordinador). Territorio, frontera y región en la historia de América. Siglos XVI al XX. Ciudad México, Editorial Porrúa-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Instituto de Investigaciones Históricas, 2003.
- Langer, Eric y Viviana Conti. "Circuitos comerciales tradicionales y cambio económico en los Andes Centromeridionales (1830-1930)", en Desarrollo Económico vol. 31 no. 121. Buenos Aires, IDES, 1991.
- Lavallé, Bernard. Las promesas ambiguas. Criollismo colonial en los Andes. Lima, Instituto Riva-Agüero de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993.
- Lepetit, Bernard. "La Historia Urbana en Francia: veinte años de investigaciones" en Secuencia no. 24. México, 1992.
- Martínez Assad, Carlos (coordinador). Balance y perspectivas de los estudios regionales en México, Ciudad México: CIIH-Miguel Porrúa, Grupo Editorial, 1990.
- Mörner, Magnus. "Research on Latin American History today: New Challenges", en Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe. (Holanda), no. 37, 1984, pp. 9-18
- Nates Cruz, Beatriz y Manuel Uribe (coordinadores) Nuevas migraciones y movilidades. Nuevos territorios, Caldas, Colombia, Universidad de Caldas, 2007.
- Omahe, Kenichi. "The Rise of Region State", en Foreign Affairs no. 72. Washington, primavera de 1994.
- Palomeque, Silvia. "Notas sobre las investigaciones en historias regionales. Siglos XVIII y XIX", en Revista de Historia no. 5. Neuquén, Argentina, Universidad Nacional del Comahue, mayo de



1995.

Ravenstein, E. G. "The laws of migration", en Journal of the Royal Statistical Society XLVIII, Part. 2. Londres, junio de 1885.

Rodríguez Kouri, Ariel. "La ciudad moderna: algunos problemas historiográficos", en Anuario de Estudios Urbanos no. 2. México, Universidad Autónoma de México-Azcapotzalco, 1995.

Roche, D. "Ville", en Jacques Le Goff (comp.) La Nouvelle Histoire, París, 1978.

Salinas, Buenaventura de. Memorial de las historias del Nuevo Mundo Perú, Lima, 1630.

Sánchez Mejía, Hugues. "Tendencias y problemas en la Historia del Caribe colombiano" en Historia y Pensamiento no. 3. Barranquilla, Colombia, Universidad del Atlántico, 1999.

Serrano Alvarez, Pablo. "Historiografía regional mexicana, Tendencias y enfoques metodológicos. 1968-1990" en Relaciones. Vol. XVIII no. 72. Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1997, pp. 47-57.

Van Young, Eric. "Haciendo historia regional. Consideraciones metodológicas y teóricas", en Anuario IEHS no. 2. Tandil, Argentina, 1987.

Varios autores. Ese lado del país llamado el Norte, Santo Domingo, República Dominicana, 1998.

_____. História Regional: Uma discussão, Campinas: Editora da Unicamp, 1982.

_____. Lecturas de la Historia Regional y Local. Caracas, Casa Nacional de las Letras "Andrés Bello", 2002.

_____. República em Migalhas. História Regional e Local, São Paulo: Editora Marco Zero, 1990.

Venegas Delgado, Hernán. La región en Cuba. Provincias, regiones y localidades, La Habana, Editorial Félix Varela, 2007.

_____. et al. Historia Regional y Local. Las ciudades, su historia y su proyección en la región. México, Instituto de Historia de Cuba-Universidad Autónoma de Chapingo-Universidad Intercultural de Chiapas-Centro Universitario de Los Altos de la Universidad de Guadalajara, Tomos I, II y III, 2008.

_____. et al. Historia Regional y Local. Nuevas perspectivas teóricas y prácticas. México, Instituto de Historia de Cuba-Universidad de Chapingo, Tomos I y II, 2006.

Vries, Jan de. La urbanización de Europa. 1500-1800. Barcelona, Editorial Crítica, 1987.